



► 12 Enero, 2022

«Hay por ahí un niño que ríe y juega gracias a mi hijo»

Sheila y su marido donaron los órganos de Gorka, de ocho años, tras su muerte

España bate récords en donación infantil: 319 en los últimos cinco años

POR PEDRO SIMÓN / ANTONIO HEREDIA (FOTOS) / PÁGINAS 37 A 39





“HAY POR AHÍ UN NIÑO QUE RÍE GRACIAS A MI HIJO”

E L 23 DE ABRIL DE 2021, Sheila Varas conduce su coche a media tarde para llevar a sus hijos a una fiesta de cumpleaños en Pamplona. El día es soleado. Es una carretera sin peligro entre Puente la Reina y Obanos por la que han transitado cientos de veces. Tiene delante una amplia recta. No recuerda más.

Entonces sucede. Y lo que sea que sucede lo cambia todo. Más allá de lo que uno tiene a la vista.

Le han contado que llegan los bomberos, la policía foral y las ambulancias.

Le han contado que primero la sacan a ella, que solo pregunta por los niños, pero ni eso recuerda.

Le han contado que luego sacan a Gorka, que ha cumplido ocho años e iba a celebrar los otros ocho de un compañero de clase.

Le han contado que finalmente sacan al pequeño Aimar.

Las consecuencias del accidente son devastadoras. Aimar está bien, apenas presenta unos

En abril, Sheila Varas conducía su coche cuando tuvo un accidente. Ella quedó en silla de ruedas. Su hijo de ocho años murió. Decidieron donar sus órganos. A pesar de la pandemia, los españoles han batido el récord en donaciones pediátricas

POR PEDRO SIMÓN PUENTE LA REINA (NAVARRA)
 FOTOS: ANTONIO HEREDIA

cortes en el cuerpo. Pero no así su hermano y su madre. Gorka tiene varios órganos dañados por el impacto y está en parada cardíaca. Sheila se desangra porque el hueso de la pelvis ha rasgado tres arterias, se ha roto el esternón y las costillas y tiene la médula seccionada a la altura de donde se

CONTINÚA EN HOJA SIGUIENTE



▶ 12 Enero, 2022

VIENE DE HOJA ANTERIOR
 abrocha el sujetador. Eso tiene Sheila. Y, cuando despierte, además, tendrá el sentimiento de culpa. Pero eso lo sabrá más tarde. Porque ahora está sedada y quemada por dentro. Tiempo tendrá de quebrarse por fuera. Hasta que al quinto día después del accidente, con Gorka en una UCI y ella en otra –en medio de una nebulosa de mórficos, sondas, máquinas y medicamentos– esa madre al fin comprende.

–Fui a solas a tu box –habla Mikel, el padre de Gorka, y ahora se dirige a Sheila–. Antes les pedí ayuda a los médicos para darte la noticia, porque sé que a mi solo no me iba a salir. Luego te hablé de la posibilidad que había... Tu respuesta fue que no. –Yo te decía que ni lo abrieran, que ni lo tocaran, que no le metieran un bisturí –sigue Sheila y ahora se dirige a Mikel–. Le había visto una vez en cinco días, desde una camilla... Y le veía sin heridas ni nada... Decía que había que esperar a que despertara.

–Traté de convencerle. Estuvimos media hora hablando a solas. Te dije que te pusieras en el otro lado y que estuvieses esperando un órgano para tu hijo. Nos fuimos serenando... Y le diste la vuelta a la idea. –Creo que acabé diciéndote que bueno, que vale, que si Gorka podía salvar la vida de un niño, adelante...

Hay dos escenas posteriores. Una es despedida. La que tiene lugar cuando los sanitarios pusieron a Gorka al lado de la madre como buenamente pudieron, porque ella no se podía ni mover. Recuerda Sheila que le siguió hablando al hijo, que le dijo que le iba a comprar un perro por decir, para ver si reaccionaba antes de que desconectasen la máquina, que le acercó un dinosaurio por lo mismo. Conservan una última foto con las tres manos juntas.

La otra escena es de recibimiento. «Al día siguiente, el doctor José Roldán [médico intensivista en la UCI del Hospital de Navarra] vino a vernos. Nos dijo que el corazón de Gorka estaba latiendo en otro pecho.

Nos pusimos a llorar, claro... Le pregunté qué habían podido donar. Me dijo que los huesos, las córneas, el corazón. Y fue muy satisfactorio escucharlo, ¿verdad, Mikel? Eso nos ayudó mucho. Por lo menos tener un trocito de Gorka vivo por ahí», dice. «Ese trocito donde se llevan los sentimientos».

Y luego levanta la cara y vemos el rostro de una madre en paz, sentada en silla de ruedas.

I. EL ACCIDENTE

Los datos de la Organización Nacional de Trasplantes (ONT) dicen que Sheila Varas y Mikel Argiñano son una de las 319 familias que accedieron a donar los órganos de otros tantos niños muertos entre 2015 y 2021. Esa decisión que no puede tomarse en frío, sino necesariamente en caliente. La decisión.

Lo que dice ella (41 años y administrativa) es que aquel día hacía muy bueno y que serían las cinco de la tarde cuando sucedió el accidente. Sabe exactamente el dónde y el cuándo porque se lo han dicho. Hasta el cómo. Lo que sigue sin explicarse es el por qué. «Mikel estaba comprando y yo me fui a Pamplona al cumpleaños. Había buena luz, no llovía, era una recta de tres kilómetros, con solo cinco árboles. Se ha comprobado que no hubo un fallo eléctrico ni mecánico, que no usaba el móvil, que no iba rápido... A lo peor me despisté. O me giré para reñirles a los dos, no lo sé. El coche se subió al quitamiedos, se catapultó por encima, dio varias vueltas de campana y chocamos contra un árbol».

Sheila está semisedada, inmovilizada, politraumada, allá. Si la madre lo está en la UCI del Hospital de Navarra, su hijo Gorka lo hace en la UCI de la Clínica Virgen del Camino de Pamplona, ubicada justo en frente.

Por eso el que continúa con esta historia es Mikel (42 años y mecánico), que durante esos cinco días de primavera va de un sitio a otro para ver a la mujer y al hijo. Como en un juego de platillos chinos agónico. Cruzando la calle. Un rato a un sitio. Un rato al otro. Aparentando calma.

Preguntando. Haciendo lo que puede. Como si temiera que se le fuera a romper algún plato.

Y se le rompe. «Aimar estuvo en observación sólo dos días y luego ya se fue con mi familia. De Gorka me dijeron que se había quedado en parada cardiorrespiratoria con el accidente. Que al final lograron que volviera a latir, ya en el hospital... Yo con sus caras ya iba entendiendo. Y luego estaba Sheila».

Sheila: «Cuando estaba consciente, preguntaba por los niños y me decía que Gorka estaba malico, pero que había que esperar... Yo ya no sentía las piernas... Se lo decía a los médicos. Pero decidieron que tenían que dosificarme la información».

Lo intentan un día: desconectar al hijo de la máquina para ver si su cuerpo va respondiendo por sí mismo. No funciona. Vuelven a intentarlo otro

“SI LLEGO A NEGARME, HOY PENSARÍA EN UN NIÑO MUERTO ADEMÁS DE EN MI HIJO MUERTO”, DICE SHEILA

“UNA VEZ ESTÁS DEL LADO DEL QUE DA, PERO QUIZÁS OTRA VEZ ESTÉS DEL LADO DEL QUE ESPERA RECIBIR”

“TIENES QUE TOMAR LA DECISIÓN DE SI DONAS CUANDO ESTÁS SUPERADO POR TODO”, DICE MIKEL, EL PADRE



Una imagen de Gorka, en el árbol de Navidad.

día. Tampoco funciona. No van a poder hacer mucho más. No por ese niño en concreto. Solo queda hablar de una cosa. El 27 de abril se lo dicen a Mikel.

2. LA MUERTE

Las estadísticas de la ONT demuestran que, gracias a esas 319 donaciones infantiles en cinco años que apuntamos más

arriba, otros 447 menores recibieron unos órganos imprescindibles, sanos, celebrados como nada en el mundo. La peor noticia del mundo y la mejor. Tan juntas.

La peor noticia del mundo se la dan a Mikel el 27 de abril en un cuarto pegado a la UCI, con muchos médicos dentro, invitado a sentarse antes, arropándole, no hay que ser un detective para imaginar lo que está a punto de escuchar.

«Me dijeron que habían intentado el protocolo y que Gorka estaba muerto cerebralmente. Tú lo ves como dormido, no lo ves desfigurado, solo con un ojo hinchado, y no te lo crees. El doctor José Roldán empezó a decirme: ‘Quiero comentarte que hay una opción de salvar vidas...’. Yo le corté: ‘No me diga más... Ya sé por dónde va. Adelante. Sé que corre prisa. Por mí, adelante. Pero se lo tengo que consultar a mi mujer’».

Y se lo cuenta. Él solo. Deciden que lo urgente es decirle a Sheila lo del niño y dejar lo de sus piernas para más adelante.

–Tienes que tomar decisiones cuando estás superado por todo– comenta Mikel.

–Si llego a negarme, hoy estaría fatal. Pensaría en un niño muerto además de en mi hijo muerto.

Lo demás ya está escrito. Fueron sus últimos momentos juntos, eso sí que lo recuerda con detalle la madre: recuerda Sheila que le siguió hablando al hijo, que le dijo que le iba a comprar un perro por decir. Para ver si reaccionaba antes de que desconectasen la máquina.

3. LA CULPA.

La cifras indican que en 2020, a pesar del coronavirus, se realizaron 197 trasplantes entre niños, récord de actividad pediátrica en la historia de la ONT.

La historia de Sheila Varas, administrativa que trabajaba en una empresa de turbos para coches, continúa cuando salió de la UCI el 3 de mayo de 2021, seis días después de la muerte del hijo. Estuvo en planta un par de semanas más y luego fue enviada al Hospital Nacional de Paraplégicos de Toledo, donde ha

permanecido hasta el pasado 13 de noviembre.

«Lo peor fue el primer mes. No podían pasarme a la silla de ruedas porque me mareaba y tenía que soldarse la pelvis. Me pesaban los brazos. Llevaba un collarín, pero la cabeza se me iba. Al ir quitándome los mórficos, fueron viniendo los dolores. Cada tres horas me cambiaban de postura. Un mes entero así. Mirando al techo. Sin nada más. Sabiendo que conducía yo y Gorka se había muerto».

Mikel dejó al pequeño Aimar con su hermana y alquiló una casa en Toledo, para no dejar a su mujer sin nadie en la soledad más dura de sus vidas.

Ella cuenta que «haciendo flexiones de brazos, lloraba». Que «en el gimnasio, lloraba». Que haciendo rehabilitación, «lloraba». Que le daba lo mismo «estar minusválida» porque lo que quería era que volviera su hijo.

En el agosto más glacial que recuerda, fue derivada a Psiquiatría.

Entonces pensó: «Quiero dormirme y no despertar más».

Hoy piensa: «¿Y si llega a fallecer también Aimar? Porque Aimar viajaba a 50 centímetros de su hermano. ¿Y si en vez de quedarme parapléjica me hubiese quedado tetrapléjica? Estuvo muy cerca de que ocurrieran las dos cosas».

4. LA VIDA

–Hoy hace ocho meses. –¿Perdona?

–Que hoy [el 28 de diciembre en que hablamos] hace ocho meses de su muerte.

Pero ay, la vida: Aimar (seis años) ha puesto un zapato de Gorka en el salón, cerca del árbol que ha montado él, para ver si los Reyes, dice, le traen a su hermano «algo que le guste».

«Me cuesta mucho vestirme, ducharme, no puedo ayudar en casa, me tiro media hora para tender, me siento bien cuando meto la ropa en el armario, barro a mi manera... Pero, puf, se me viene la imagen y pum: ‘¿Y Gorka?’».

Sheila tiene planes cuando termine de recuperarse, cuando termine de adaptarse, cuando vea todo un poco más claro. Por ejemplo,

EN LOS ÚLTIMOS CINCO AÑOS, 319 FAMILIAS HAN DONADO LOS ÓRGANOS DE SUS HIJOS MENORES, SEGÚN LA ONT



trabajar. Por ejemplo, volver a llevar al niño al colegio. En diciembre, ha sido capaz de hacerlo dos veces. Porque al primer intento fue imposible: llegó un poco nerviosa, vio la algarabía de críos, no pudo evitar mirar hacia la fila de los compañeros de Gorka, decidió no salir del coche.

—Muchas veces me pregunto cómo me sentiría hoy si hubiésemos dicho que no, si no hubiésemos accedido a que se donaran sus órganos.

—¿Y?

—Hoy pienso que hemos salvado la vida de un niño. Un niño que está por ahí. Tu desgracia no te la va a quitar nadie, pero puedes salvar una vida. Eso es lo que hay que pensar: que esta vez has estado en el lado del que da, pero que quizás algún día te toque estar en el lado del que espera recibir. Creo que es reconfortante: saber que hay por ahí un niño que juega y va al cole y se ríe y se come un bocadillo gracias a mi hijo.

Cualquier cosa que se escriba aquí después de lo dicho por Sheila no tiene mucho sentido.

Sí lo tiene lo que escribió Adriana Bertorelli, una mujer venezolana que hace años vino a Madrid para tratar de salvar la vida de su hija. Una coincidencia: aunque el trasplante que necesitaba aquella hija se hizo con éxito antes del accidente de Sheila Varas, el mensaje escrito en redes por Adriana es del mismo día en que moría Gorka.

28 de abril de 2021.

Dice así.

«Siempre me pregunté quién había sido el donante del hígado para el trasplante de mi hija. (...) Ahora confirmo lo que siempre supe: que en el mismo momento en que yo estaba recibiendo la mejor noticia de mi vida, otra madre igual que yo estaba recibiendo la peor. (...) Desde aquí mi agradecimiento infinito a esa madre, a esa familia, que en medio de su dolor decidió donar los órganos de su hijo para darle una segunda oportunidad de vida a mi hija y a otras personas como ella. Ojalá esa madre sienta cuánto la honro y la abrazo a diario».